

ÍNDICE

Prólogo del transcriptor.....	11
Prólogo del autor.....	17

JULIO

<i>Miércoles, 1:</i> Ernestina y Pedro en Hoyo.....	23
<i>Jueves, 2:</i> Llega un nuevo vecino.....	27
<i>Viernes, 3:</i> Felisa.....	31
<i>Sábado, 4:</i> Charo, la novia.....	35
<i>Domingo, 5:</i> Enfermedad y vergüenza social.....	43
<i>Lunes, 6:</i> Pabellón de reposo.....	47
<i>Martes, 7:</i> Maruxa y las familias.....	51
<i>Miércoles, 8:</i> La literatura.....	55
<i>Viernes, 10:</i> La guerra civil.....	63
<i>Sábado, 11:</i> San Camilo.....	69
<i>Domingo, 12/19:</i> De domingo a domingo.....	73
<i>Lunes, 20:</i> El Pascual.....	75
<i>Martes, 21:</i> Toros y fútbol.....	81
<i>Miércoles, 22:</i> El teléfono.....	85
<i>Jueves, 23:</i> Las penitencias de Camilo.....	89
<i>Viernes, 24:</i> El Dr. Valdés.....	91
<i>Sábado, 25:</i> Editorial Aldecoa.....	95
<i>Domingo, 26/28:</i> Pedrito.....	99
<i>Miércoles, 29:</i> Platos nuevos.....	101
<i>Jueves, 30:</i> La fotografía.....	105
<i>Viernes, 31:</i> Calor.....	107

AGOSTO

<i>Sábado, 1:</i> Tormenta	111
<i>Domingo, 2:</i> La envidia	115
<i>Lunes, 3:</i> Felisa, cómplice	119
<i>Martes, 4:</i> Se abre la crisis	123
<i>Miércoles, 5:</i> Vulnerabilidad.....	127
<i>Jueves, 6/10:</i> El hombre propone... ..	129
<i>Martes, 11:</i> Ricardo León.....	133
<i>Miércoles, 12:</i> A por Derecho.....	139
<i>Jueves, 13/14:</i> Nueva crisis.....	143
<i>Sábado, 15:</i> Vuelve a salir el sol.....	147
<i>Domingo, 16/18:</i> Agitación política	151
<i>Miércoles, 19:</i> Luz al final del túnel.....	155
<i>Jueves, 20:</i> Futuro incierto	157
<i>Viernes, 21/23:</i> Último fin de semana	161
<i>Lunes, 24:</i> El autobús.....	163
<i>Martes, 25:</i> La guerra de los demás.....	167
<i>Miércoles, 26:</i> El principio del fin	171
<i>Jueves, 27:</i> La despedida	173
<i>Viernes, 28:</i> Ernestina y Pedro se van.....	177
<i>Sábado, 29:</i> La carta	179

PRÓLOGO DEL TRANSCRIPTOR

Conocí a Pedro Vela Méndez, hijo de Miguel Vela y Ernestina Méndez, cuando nos instalamos en casa tras nuestro matrimonio; él, con su mujer y sus hijas, vivía una planta más abajo. La nuestra es una relación de vecindad cordial, sin excesos; saludos, bromas, un café, una caña, alguna coincidencia profesional, ya que Pedro es ingeniero del ICAI y yo tengo buenas relaciones con diferentes «electrocuras».... Ellos tienen su segunda casa en Alpedrete y nosotros en Hoyo de Manzanares.

En una de esas coincidencias en el bar de abajo, le comenté lo que había venido haciendo en relación con la estancia de Cela en el desaparecido Sanatorio antituberculoso de Hoyo y cómo un pequeño ensayo sobre el tema me había permitido establecer una relación más que cordial con Camilo José Cela Conde y cómo el Ayun-

tamiento de Hoyo había decidido poner una placa conmemorativa en el edificio donde estuvo el Sanatorio, hoy ocupado por el Colegio público Virgen de la Encina, y bautizar la Biblioteca Municipal con el nombre de Cela, acto celebrado el Día de Cervantes del 2014, con la asistencia del hijo y de Maruxa y Juan Carlos, hermanos del Nobel.

Mientras yo hablaba, Pedro interrumpió, no solo la ingesta de patatas bravas sino también de la cerveza que mantenía en la mano sin aproximarla a los labios, y todo ello mirándome fijamente, pero como si estuviera viendo algo a través de mi cabeza; casi sentí la necesidad de mirar si había algo allí detrás. Tras un silencio algo incómodo, se despidió de mí citándome en su casa a eso de las ocho de la tarde, hecho poco habitual ya que nuestros encuentros solían celebrarse en el ascensor, la calle o el bar, salvo casos excepcionales. Pagué, ya que se marchó con cierta prisa, y esperé a que dieran las ocho.

Me abrió la puerta afable, pero serio; casi sin poder saludar a Mercedes, su mujer, me introdujo en la salita que le servía de despacho; paredes cubiertas de librerías que solo se interrumpían para dejar hueco a algún cuadro, diversas fotos profesionales y, cómo no, el título.

Un par de silloncitos con un velador, un equipo sencillo de música y una mesa con el ordenador completaban el mobiliario. Sobre la mesa despejada de otros papeles y objetos, que ahora estaban sobre el velador, había un archivador que contenía carpetas, fotografías y otros papeles, pero del que había extraído un legajo de cuartillas que amarilleaban, y eran el objeto de su, hasta ese momento, misteriosa convocatoria e invitación.

-Te explico -me dijo-; cuando me contaste esta mañana lo de Cela y Hoyo me quedé algo tocado, ya que mi padre fue su compañero, su vecino, en el Sanatorio; mi padre tenía la habitación 7 y Cela la 8. Como podrás comprobar, establecieron una relación muy particular, quizás típica de un sitio como ese.

-Mi padre -continuó- salió algo después que Cela del sanatorio, aunque a diferencia de Camilo sin conseguir la deseada curación. En el 45, ante la incipiente, pero ya brillante, carrera de su antiguo compañero de fatigas (nunca mejor dicho) decidió reordenar las notas que había tomado, centrándolas en la figura del que luego habría de ser premio Nobel, y esto es lo que te entrego. Léelo y después hablamos.

Subí a casa ligeramente conmovido por tan curiosas circunstancias y en cuanto pude y a la mayor velocidad que me permitieron las neuronas, leí con atención el diario de Miguel Vela, y bajé a ver a Pedro que me estaba esperando con una sonrisa melancólica.

Sin darme tiempo a decir nada, me introdujo en el despacho y «continuó» la conversación donde la había dejado al darme el Diario.

-Verás, mi padre recayó definitivamente a finales del 46 y mi madre se lo tomó muy mal. Se sintió estafada por la vida, culpó de su temprana viudedad a la medicina, ya que creía que la estreptomina le habría curado, y se enfadó con el mismísimo Dios, al que consideró partícipe de su desgracia, en contra de la forma de pensar de mi padre al respecto.

-Sí, ya lo he leído.

-Pese a todo, mi madre tiró «palante», con esa extraña fuerza que tienen las mujeres para afrontar las adversidades, y sacó adelante a nuestra pequeña unidad familiar, con alguna ayuda de mi abuelo y mi tío Javier. Como era casi inevitable, me sobreprotegió y trató de ha-

cer de mí un hipocondriaco, cosa que consiguió, en parte.

Ella guardó los documentos de mi padre con cariño y resentimiento y me encomendó su custodia. En lo que se refiere al Diario, que sabía quería publicar mi padre, me lo hizo leer a los catorce años y me dio libertad para hacer lo que yo considerara oportuno.

Desde entonces lo he releído en varias ocasiones, pero tal vez el respeto a mi madre me ha impedido ponerme al habla con la editorial Aldecoa, si es que existe o con cualquier otro potencialmente interesado en sacarlo a la luz.

-Pedro, -dije, aprovechando que había hecho una pausa- eres bien consciente del valor que el Diario puede tener para mucha gente, y se da la circunstancia de que en el 2016 se conmemorará el centenario del nacimiento de Cela. Parece una ocasión pintiparada para intentar su publicación. ¿Me dejas que lo intente?

Me miró sin ningún sobresalto; estaba claro que si me lo había enseñado era esperando algo así como mi ofrecimiento. Tardó bien poco en contestarme: